

por estas singularidades, y que hace poco estaba entretenido haciendo títeres en Saint Raphaël. No: Ramírez es esencialmente *urbano*, ama las flores, pero se contenta con admirarlas en los tiestos de las casas de Méjico. También es verdad que no tiene un rincón donde hacerse un pabellón de madre selvas, ó un dosel de zarzurosas, ó un nido de violetas. Ramírez no ha visto el mar, y se ahogaría en la alberca Pane; menos tiene disposición para mastelero ó gaviero, porque es débil y miope. Pero él suple todo esto en su imaginación, y si no puede disertar sobre flores ó conchas, sí puede hacerlo admirablemente sobre historia, filosofía y literatura, sorprendiendo verdaderamente con sus deducciones llenas de originalidad.

Tal es el carácter del *viejo* Ramírez, á cuya pintura agregaremos un natural dulce y bondadoso, una humildad excesiva y un corazón maltratado por desventurados amores.

Nosotros le invitamos á que concluya su novela, que ha dejado interrumpida no sabemos por qué, y á que continúe sus publicaciones, si quiere tener una casita en San Cosme con su jardincito fresco, con su surtidor de mármol, su colina de violetas, sus naranjos puestos en grandes barriles verdes, su banco de junco cubierto con un dosel de verdura, y si quiere ver trepar

por los rojos muros hasta su ventana de estudiante, en tropel las yedras y las madre selvas. Hasta puede tener un bosque de fresnos ó de chopos para hacer de cuenta que escribe *unter den Linden*, como Karr, y hasta puede meterse en la diligencia y marcharse á meditar á orillas del Pacífico, estudiando la inmensa familia de moluscos; en las playas de Mazatlán ó entre los morros de Manzanillo. De todas maneras, él debe trabajar y publicar. Alfonso Karr reúne á sus excentricidades la vulgaridad de tener dinero, y esta circunstancia hace que las otras tengan mayor brillo.

La pobreza de José María Ramírez nos hace mal, más que la nuestra, y nos creemos con derecho, con el derecho que da la amistad antigua, á hacerle salir de ese marasmo en que le arroja un desaliento sin motivo, y que le tiene convertido en crisálida, cuando podía ya, brillante mariposa, volar atrevida por los jardines del mundo é ir libando las flores del bienestar.

Con el mismo derecho le aconsejaríamos que ya que tiene tan bellos pensamientos, introdujera un pequeño cambio en la forma de su estilo y le hiciese más mundano, más sencillo, para ponerlo al alcance de todo el mundo. Así como lo usa es muy francés, y además, muy refinado; delicioso, si se quiere, pero delicioso para un cír-

culo pequeño. Nuestro público no está todavía á la altura literaria que se necesita para gustar de esa fraseología. Es preciso acostumbrarlo poco á poco, y desleírle la saludable medicina en una poción más nacional, más mejicana. Esta no es una censura, es un consejo en favor de nuestro pueblo, porque queríamos que hasta él llegasen los fulgores del talento de Ramírez. En *Una rosa y un harapo* hay páginas que exigen una instrucción adelantada en los lectores, y no pueden ser comprendidas sino de aquellos que están al nivel del autor. Nosotros que queríamos que toda novela fuese leyenda popular porque medimos su utilidad por su trascendencia en la instrucción de las masas, deseamos que nuestros jóvenes autores no pierdan de vista que escriben para un pueblo que comienza á ilustrarse; y sí reprobaríamos que se descendiese, hablándole al estilo chavacano y bajo, no nos parecería tampoco á propósito el que á fuerza de refinamiento llegase á ser oscuro para la inteligencia popular. Dejemos el tecnicismo y la elevación hasta perderse en las nubes, para el escrito científico, para la historia filosófica, para los círculos superiores de la sociedad, y adoptemos para la leyenda romanesca la manera de decir elegante, pero sencilla, poética, deslumbradora, si se necesita; pero fácil de com-

prenderse por todos, y particularmente por el bello sexo, que es el que más lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género. De esta manera y poco á poco iremos introduciendo el gusto por estas lecturas, y ayudados de la enseñanza popular y del espíritu progresista de nuestra época, podremos ir ascendiendo en el estilo hasta hacer que el más alto llegue á ser el vulgo, como en Alemania, ó al menos comprendido por un círculo muy grande de personas, como en Francia é Inglaterra. En estas naciones ya viejas y experimentadas, y que en educación nos aventajan siglos, así se empezó; de modo que si sus producciones nos asombran por su refinamiento, es que su pueblo tiene mayor edad. Los que deseamos hacer de la literatura un medio de propaganda, debemos imitar aquellos modelos, y particularmente uno que es digno de estudio por la habilidad que ha desplegado en la difusión de sus principios. Queremos hablar de la Iglesia.

La Iglesia propaga sus doctrinas diestramente. Sus misioneros aprenden las lenguas de los pueblos gentiles que pretenden convertir; procuran iniciarse en los misterios de la vida de estos pueblos, en su poesía, en sus costumbres, conocer y manejar los resortes de la imaginación; y una vez instruidos, comienzan la predi-

cación, como la comenzó el fundador del cristianismo, con un lenguaje sencillo, valiéndose de figuras familiares, de parábolas y de frases que en la elocuencia popular son todo el secreto del éxito. Así se hacen entender hasta de los salvajes, entre cuyas tribus pudieron penetrar perfectamente los misioneros españoles del tiempo de la conquista.

Después sus predicaciones van siendo progresivamente más cultas, desde el sermón y la práctica doctrinal de la aldea, hasta el discurso brillante en que resplandecen los talentos de los Bossuet, de los Massillon y de los Lacordaire. En sus libros proceden de la misma manera. A millares esparcen sus pequeños catecismos, sus pequeñas lecturas religiosas que pueden ser comprendidas de todo el mundo, y después consagran sus tareas á obras más graves destinadas á los iniciados de mayor instrucción, hasta que acaban por hacer su último esfuerzo en los libros de controversia, en los eruditos comentarios de las Escrituras, en el dédalo misterioso de las elucidaciones teológicas ó en la complicada explicación de sus cánones. Así estos libros pertenecen á un círculo escogido de inteligentes, y sólo se abren en el gabinete del estudioso ó en la cátedra de la Universidad. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo con la

leyenda y con toda especie de lectura destinada al pueblo? Nuestra novela comienza; démosle, pues, la forma más adaptable por ahora á nuestra instrucción. Después vendrá la época de mejorarla. Aun para nuestra clase media, la novela, si bien puede tomar la forma elegante que la instrucción de aquella exige, debe conservar un estilo que sea sencillo, porque desgraciadamente tampoco en esa clase, que es sin embargo la más ilustrada de nuestra sociedad, hay un gran fondo de instrucción y de criterio.

Es verdad que la novela francesa traducida es familiar á nuestra clase media; pero no podemos asegurar que le haya sido útil enteramente, ni que haya sido comprendida á veces. La novela francesa ha introducido ciertos giros franceses en la conversación y aun en el modo de escribir, tanto en España como en las Américas españolas, contra cuyo vicio han estado clamando allá en la península muchos críticos, y con justicia, pues si no debemos ser tan rigoristas que deseemos conservar el idioma estacionario y cerrar sus puertas á todas las locuciones que puedan enriquecerle, aunque vengan de extrañas lenguas, sí debemos velar porque se mantenga incorruptible su carácter, es decir, por que no degenera nuestra hermosa lengua nacional en un dialecto de las lenguas extran-

geras, como degeneró el hermoso latín de Salustio y de Cicerón en la jerga de los bárbaros de la Edad Media, ó como el griego de Platón y de Sófocles, en el dialecto de los griegos actuales: y si es verdad que esta corrupción dió nacimiento á casi todas las lenguas modernas, también es cierto que habiendo ellas llegado á un grado de perfeccionamiento, con su carácter propio, deben considerarse ya como lenguas nacionales y su fusión es inútil, no debiendo tomarse mutuamente sino aquellas palabras que las enriquezcan.

El segundo inconveniente que la lectura de la novela extranjera, y francesa en particular, ha traído á nuestro pueblo, es el de hacerle tomar tal gusto por la historia y geografía de otros países, que ha acabado por desdeñar las de su patria. En nuestra clase media se conoce á Francisco I, á Luis XIII, á Luis XIV y á Luis XV muy bien; ahora con Fernández y González se conoce también al rey D. Pedro el Cruel, á D. Juan II de Castilla, á D. Felipe IV, etc., etc.; pero poco se sabe de Moctezuma y de Guautimotzin; y si no es por la Avellaneda, que ha escrito una preciosa novelita del último imperio azteca, se sabría menos. De los virreyes no se sabe nada tampoco, sino por una que otra oscura tradición, y á nuestros héroes de la

Independencia ni se les conoce siquiera, á no ser por los discursos de los días de Septiembre que aluden á ellos, pero que no pueden pintarlos como esa narración anecdótica y palpitante que es la que mejor se graba en la imaginación del pueblo.

Verdad es que en esto tiene toda la culpa la negligencia de nuestros escritores, que han debido dar alimento, desde hace tiempo, á la curiosidad pública con leyendas nacionales. Hoy tienen que luchar con el gusto arraigado por lo extranjero, hoy tienen que sufrir con paciencia el gesto de la bella ignorante que aparta el libro de las manos luego que ve escrito *la Alameda ó el paseo de Bucareli*, en vez del *boulevard des Italiens* ó del *bois de Boulogne*, que está acostumbrada á ver en sus novelas francesas. Maldito lo que conoce de la posición geográfica de *Tours* ó de *Blois*; pero ella ha visto sus castillos, y no le gusta ya sino lo que pasa en ellos, aunque sea una historia descabellada. Por otra parte, da su preferencia al enredo, á la intriga, á los golpes teatrales, aunque sean inverosímiles; la deleitan solamente los amores de las duquesas, de las condesas, de las reinas y de los barones. El amor de una muchacha del pueblo no puede tener poesía para ella; el amor de una joven de nuestra aristocracia, no puede igualar

al de una marquesa de Francia ó de España; ella no comprende que el novelista es quien poetiza todo, y cuya imaginación da encanto á lo que en la vida real tal vez sería prosaico sin su talento. Ella no concibe cómo pueda hacerse una novela deliciosa de Méjico, y mientras que algunos extranjeros hacen su fortuna y su reputación con los cuadros de nuestro país, logrando que las hermosas parisienses, y las inglesas y las americanas se extasíen con las descripciones de nuestro cielo azul, de nuestras montañas, de nuestras praderas y de nuestros mares; mientras que el tipo de nuestras mujeres lánguidas y ardientes, de ojos y cabellos negros, es el sueño de los poetas y de los pintores en Europa, aquí esas mismas mujeres encuentran fastidiosos sus retratos y pálido el cuadro de nuestra virgen naturaleza. Ni basta á convencerlas el pensar que si las francesas ó inglesas hubiesen tenido igual preocupación, no habrían tenido jamás éxito las novelas de Dumas, de Süe y de Balzac en Francia, ni las de Walter Scott y de Dickens en la Gran Bretaña, porque eran cuadros nacionales.

Este mal es antiguo y digno de llamar la atención de nuestros jóvenes escritores, para que procuren acabar con él á fuerza de ingenio. Ya él fué causa de que los dramas de Fernando

Calderón, muy bellos por cierto, fuesen preferidos á los de Rodríguez Galván, que eran, en nuestro concepto, mejores. Calderón, con su feliz imaginación y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo á crear el teatro nacional; y no que fué á emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad Media, que ninguna utilidad podían traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío de gusto, ó bien fué á buscar en la historia de Inglaterra un episodio, que mejor inspirados habían ya trasladado al teatro algunos poetas europeos.

Afortunadamente notamos que á la aparición de las novelas que acabamos de mencionar, se despierta el gusto por nuestra leyenda de Méjico, y el público comprende al fin que puede haber poesía en sus costumbres, y grandeza romanesca en sus sentimientos. En esta parte, justo es decirlo, las clases pobres se han anticipado á las otras, y el pueblo, con ese instinto de lo bello con que adivina á los grandes tribunos y á los grandes poetas, ha consagrado ya la novela nacional dándole buena acogida.

La clase media y la clase alta vendrán después, cuando se escriba para ellas y cuando no se les hiera en ciertas susceptibilidades, en que están todavía muy delicadas á consecuencia de nuestras pasadas guerras.

Ahí viene bien la novela de elegantes formas, la novela que trasciende á rosa y á violeta, la novela que deba presentarse en los salones, *en-guantada*, llevando en la mano un *bouquet* y no un látigo; en el semblante, una mirada de amor y no el ceño del juez, y una sonrisa cordial, y no ese gesto duro del enemigo político.

Pero aun en esta composición creemos que debe adoptarse el estilo sencillo, aunque sea más elevado y más elegante, porque así gustará más.

Una última observación sobre la novela nacional. Todos los críticos de Walter Scott están conformes en decir que en su novela se permitió crear tipos mejores que los que veía en su país, mejorar las costumbres y hasta embellecer la decoración de sus escenas. ¿Hizo bien? Indudablemente, porque la novela tiene también por objeto enseñar é introducir el buen gusto y el refinamiento en un país. Las obras de Walter Scott ejercieron una influencia útil. Las lectoras adoptaron un lenguaje mejor, las damas quisieron tener virtudes iguales á las que les concedía la leyenda, los caballeros no quisieron desmentir á su pintor nacional, y hasta los muebles se modelaron por la descripción del novelista, que con su hermosa imaginación se hizo así tapicero, decorador y jardinero. En efecto,

si un novelista emplea una frase chocante con pretensiones de ingeniosa ó de culta, los lectores incautos la adoptarán y se harán ridículos. Si por el contrario, usan palabras llenas de cortesía y novedad, el lenguaje se irá así impregnando de una manera perceptible. Si el novelista, dotado de un gusto equívoco ó poco conocedor de lo bello en artes, pinta en un salón un mueble de mal tono, ó en un jardín una planta ó una flor ordinarias, ó un arreglo torpe, el lector, tal vez fascinado, caerá en el error, y se compondrá una casa de *epicier*, como dicen los franceses, ó una huertecita de pueblo, sin belleza y sin gusto. Debe tenerse presente que así como en la novela se reflejan las costumbres, así también en éstas se hace sentir la influencia de ellas. Un novelista puede poner de moda cualquier cosa, cuando tiene talento y buen gusto. Se ve su iniciativa en el estilo, en los sentimientos, en los trajes, en los placeres, en las lecturas, hasta en los perfumes y en el tocado de las damas.

Nuestros amigos, que tantas pruebas nos han dado de su afecto y de su fraternidad, nos escucharán, no lo dudamos, convencidos de que si bien carecemos de la debida autoridad para darles consejos, nos anima el deseo de serles útil á nuestro país, impulsando los trabajos literarios,

que están destinados á la mejora de nuestro pueblo y á servir de estímulo á nuevos ingenios que se lanzarán, no lo dudamos, á la arena de la publicidad, comprendiendo que á la sombra de la paz, estos son los elementos que debe poner en juego el apóstol de una idea, éstas las simientes que deben fructificar en el porvenir, ésta la revolución que ha de concluir la obra comenzada por aquella otra que ha dejado tras de sí tantas huellas de sangre y de lágrimas. El patriotismo no debe tener descanso; sólo debe cambiar de armas y quizás éstas sean las más terribles. Por eso los gobiernos despóticos prohíben las lecturas populares, por eso los gobiernos verdaderamente progresistas cuidan de protegerlas, más que de rodearse de esbirros y de palaciegos, que no hacen más que venderles su incienso á peso de oro, sin conquistarles la simpatía popular y sin asegurarles con la instrucción de las masas la mejor defensa, un monumento eterno que la posteridad bendice.

---

José Rivera y Río, antes de partir para los Estados Unidos, publicó las primeras páginas de una preciosa colección de poesías, de que los Sres. Fuentes Muñoz y C<sup>a</sup> han sido los editores. La colección está completa ya y quedan de ella

pocos ejemplares, pues se han agotado. Está precedida de un prólogo brillante de Guillermo Prieto, quien siempre que escribe sobre las obras de los que él llama, con razón, sus hijos en literatura, vierte á raudales la poesía de su fecundo numen, siempre joven y vigoroso. No parece sino que él se complace en adornar la portada de esos templos elevados á la deidad cuyo culto ha enseñado á la juventud, con todas las flores de su imaginación, con todas las galas de su amor paternal.

Nosotros también escribimos un ensayo crítico sobre la nueva obra de nuestro buen amigo. En esa pequeña pieza que sigue al prólogo de Prieto, y en la parte de la presente revista que hace relación á las novelas de Rivera y Río, hemos dicho lo bastante acerca de su carácter literario, que *Las flores del destierro* marcan un progreso en el talento del autor, cuyo numen ha recibido ya las amargas inspiraciones de la experiencia y del infortunio. Son los cantos de un desterrado que ve desde las playas extranjeras sufrir á su patria bajo el yugo del conquistador. Ave errante, el poeta no tiene más que acentos quejosos y doloridos, al recordar su cielo, su sol, sus campos y sus goces infantiles. Pero no busquéis en sus cantos los gemidos del *Super flumina Babylonis* solamente. No: el ca-

rácter del poeta se revela también aquí y su indignación le inspira más bien que su tristeza; la fe republicana ilumina las oscuridades, el destierro, y el cantor de la libertad trae en su corazón todos los dolores y todas las esperanzas del siglo XIX. En *Las flores del destierro* se nota además un cierto sabor de poesía inglesa, porque Rivera y Río tuvo oportunidad de consagrarse á su estudio durante su permanencia en los Estados Unidos.

Hilarión Frías y Soto, en su pequeño pero popularísimo periódico, emprendió la publicación de una serie de artículos con el título de *Album fotográfico*. Cada uno de ellos es un estudio de costumbres, es un retrato de un tipo contemporáneo, y no se sabe cuál preferir; tanta elegancia hay en el estilo, tanto color en la pintura, tanta gracia en el pensamiento, tanta exactitud en el dibujo.

No sabemos por qué ha habido descuido en Méjico para las publicaciones de costumbres, cuando contamos con un Prieto, con un Ramírez, con un Zarco, con un Cuéllar, con un Peredo, quienes, como el autor del *Album fotográfico*, tienen singular disposición y aptitud por las muestras que han dado para los cuadros de costumbres. Podríase formar aquí una serie de estudios que en nada serían inferiores á los que

se han hecho también por brillantes ingenios en Francia, en Inglaterra y en España. Tenemos ya estudios de otras épocas consumados, pero nos faltan en la actualidad, y debe pensarse que nuestro pueblo ha dado, de pocos años á esta parte, pasos gigantescos en el camino del progreso, modificándose, si no del todo, sí en gran parte, sus costumbres y sus ideas.

---

Si queréis experimentar un placer parecido al que se siente apurando una copa de exquisito vino, gustando una de esas hermosas frutas de los países tropicales, provocativas por la forma, por el perfume y por el sabor; ó tomando sorbo á sorbo una taza de café de *Moka* ó de *Yungas*; si queréis, en fin, gozar, leed los domingos el folletín del *Monitor*. Allí os encontraréis una *Conversación* de Justo Sierra.

¿Qué cosa es esta conversación? ¿Quién es Justo Sierra? Pues vamos á decíroslo: *La Conversación del domingo* es un capricho literario; pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, no es tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertación; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es



la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plática inspirada que á un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterían sus labios en presencia de un auditorio escogido.

La *causerie* es un género de origen francés, pero que puede naturalizarse en todas partes, porque todos los idiomas y todos los pueblos se prestan á ello. La conversación española aventaja á la francesa en majestad y en armonía, y puede tener sin embargo su brillantez y su gracia. Es el género que debe ocupar el *folletín*, usurpado por la novela y por la revista. En Méjico; á Justo Sierra pertenece el honor de haberlo introducido, y ¡cuán ventajosamente! Justo, en ese estilo hechicero y sabroso, es ya una notabilidad, y en Francia misma, patria de la *conversation*, él ocuparía un lugar distinguido entre los más deliciosos conversadores, entre Téofilo Gautier y Mery, entre los folletinistas más agradables por sus caprichos, como Alfonso Karr y Alberico Second. Justo Sierra, en ese género es francés por los cuatro costados; pero suele adoptar el continente caballeresco y grave de los españoles, y sobre todo, su alma es esencialmente americana.

De manera que puede decirse que su idea es una virgen nacida en Méjico y vestida á la francesa para introducirse en el salón. ¡Cómo gana por eso el folletín en sus manos! La poesía grandiosa y sublime de la libre América faltaba al folletín francés para su embellecimiento, y Sierra la trae en su alma como en una lira siempre armoniosa. La conversación de este joven no es una colección de anécdotas sólo agradables por la oportunidad; no es la reunión de *calembour*s ingeniosos para provocar la fría sonrisa de un círculo refinado; no es una sátira incisiva para herir á ciertos personajes, ó para excitar la gastada organización de las damas curiosas; no, la conversación de Sierra es algo más, es la poesía, pero la poesía inocente y bella; es la virgen, como hemos dicho, llena de atractivos y de pasión, pero que no está inficionada por la maldad social, que no lleva en sus labios puros el pliegue de la malignidad. La poesía de Justo Sierra, elevada y sublime en sus cantos, en sus conversaciones, sonríe y se ruboriza.

Así en esta otra parte, se diferencia de la conversación francesa, que es descarada á veces, y las más mezcla á su sal ática un veneno mortal.

Para dar idea de su estilo flexible y fácil, trasladaremos aquí un pequeño trozo de la *primera conversación*, en la que el narrador se da á cono:

cer á sus lectores y da una idea del género que va á cultivar.

“Creedlo, dice, soy un escapado del colegio que viene rebosando ilusiones, henchida la blusa estudiantil de flores, y encerrados en la urna del corazón frescos y virginales aromas, frescos y virginales, como los que exhala la violeta de los campos.

“Hé allí mi tesoro, hé allí lo que compartiré con vosotros. ¿Hago mal? Puede ser, pero ¿cómo impediríais al impetuoso manantial estrellar sus aguas cristalinas en las peñas y correr empañado por el suelo?

“La mano del invisible traza un sendero; por allí vamos.

“Traigo de mis amadas tierras tropicales el plumaje de las aves, el matiz de las flores, la belleza de las mujeres fotografiadas en mi alma.

“Traigo al par de eso murmullos de ola, perfumes de brisa, y tempestades y tinieblas marinas, y el recuerdo de aquellas horas benditas en que el alba tiende sus chales azul-nácar, mientras el sol besa en su lecho de oro á la dormida Anfitrite.

“Todo eso y algo más os diré, amados lectores; acaso logre agradar á aquellos de vosotros para quienes aun guarda ángeles el cielo y colorido la naturaleza.

“Me he bajado aquí al folletín para hacer la tertulia, porque ¿qué queréis? Allá en el piso alto no puedo veros de cerca, ni arrojar, niñas, una flor á vuestros pies. Y luego, me gusta estar próximo á la calle para poder escaparme á mi capricho, que asaz antojadizo me hizo Dios, y ratos tengo en que detesto las ciudades, me marchó á la pradera y gusto de trepar á alguna altura, desde donde se dominan las colinas, y donde al cabo llego á forjarme la ilusión de que veo inmóviles las olas de esmeralda de mi golfo.

“¿De qué os hablaré? ¿Acaso de literatura ó de filosofía, tal vez de política? Un poco de todo. Pero no os alarméis con los nombres solemnes que acabo de escribir. Propóngome haceros gustar, cuando se ofrezca, alguna de esas cuestiones delicadas y enfadosas, como si saboreaseis algunos bombones.”

Después de estas bellisimas palabras de un lenguaje poco conocido aquí, cuanto pudiéramos decir quedaría pálido. Además, la amistad íntima que tenemos con este joven nos haría sospechosos; y francamente, no tendríamos la culpa de ser apasionados, pues aun no sabemos qué cosa es más grande, si nuestra admiración por el precoz talento de Sierra, ó el cariño que nos inspira, en el que entra por mucho el conocimiento que tenemos de su irreprochable cora-

zón; porque ese joven es además, el ideal del caballero antiguo y del republicano de Esparta, á pesar de su estilo y de sus poéticas aspiraciones.

Afortunadamente, no somos los únicos en juzgarle así. Nosotros fuimos los que le introdujimos en la arena de la publicidad literaria; pero su inteligencia revelándose de pronto deslumbradora y gigantesca como un sol, fué desde luego saludada con entusiasmo por todos, y hoy nuestros viejos literatos le acogen con orgullo, como á una joya del país, y sonríen satisfechos al considerar la gloria que espera á este literato de veinte años, vástago de aquel noble y virtuoso sabio, á quien la muerte arrebató al cariño de la patria y que no pertenece á Yucatán, sino á la República y á la América entera.

Justo Sierra y su hermano menor Santiago, tan precoz como el primero y que hoy recibe sus inspiraciones á orillas del tempestuoso Atlántico, cuyas armonías grandiosas sabe traducir en sus cantares, ¡qué hijos para aquel ilustre apóstol de la ciencia! ¡Qué orgullo para una familia el de conservar con el nombre y con la sangre el genio de su fundador!

Estos niños son glorias del porvenir.

Desde 1862 comenzó á darse á luz en la casa de Iriarte y C<sup>a</sup> una obra histórica, ilustrada por Constantino Escalante, que tan célebre se ha hecho por sus ingeniosas caricaturas. Tal obra, que llevaba el nombre de *Glorias nacionales*, tenía por objeto narrar solamente algunas escenas importantes y gloriosas de nuestra guerra con el ejército francés, acompañando á esta narración un magnífico dibujo hecho por el artista eminente de que acabamos de hablar.

Se publicaron entonces muchas entregas, conteniendo bellos artículos y espléndidos cuadros, entre los que recordamos el del 5 de Mayo, el del ataque de *Cruz blanca* y el del ataque del fuerte de San Javier en Puebla; pero cuando se perdió esta ciudad y tuvo que salir el Gobierno de Méjico con el ejército republicano, la publicación se suspendió, como era de suponerse.

Hoy ha reaparecido, redactada por un grupo de escritores bien conocidos, entre los que nosotros ocupamos el último lugar, é ilustrado, lo mismo que antes, por Constantino. Pero sea á causa de los trabajos de éste, ó lo que es más probable, de su pereza, que es tan grande como su talento, el hecho es que no han salido mas que dos entregas, la primera, cuyo artículo escribimos nosotros describiendo el ataque de Zitácuaro, dado por el entonces coronel Riva Pa-

lacio contra los imperialistas que habían ocupado aquella plaza, y la segunda en que el artículo se debe á la brillantísima pluma de Guillermo Prieto, y trata de la batalla de la Carbonera, que abrió al heroico general Díaz con más prontitud las puertas de Oajaca. En ambas entregas, el lápiz del joven y distinguido artista ha adquirido nuevos derechos al renombre. Sus dos dibujos son dos cuadros acabados. Para atenuar en lo que es justo lo que hemos dicho acerca de su pereza, debemos agregar que en nuestro pobre país hay una incuria lamentable en todo lo relativo á nuestros hechos históricos, y el que se propone escribir ó pintar esta clase de escenas, tiene que tropezar con infinitas dificultades. En Europa, en los Estados-Unidos, apenas hay un lugar célebre que no esté representado por la fotografía, por el grabado, por la pintura. Apenas pasa una batalla, cuando millares de artistas vuelan al punto en que tuvo lugar para sacar vistas diferentes que la fotografía multiplica hasta hacerlas populares en todo el mundo. Así es que las publicaciones históricas son fáciles de ilustrar, y el artista tiene á su disposición toda clase de datos.

Pero en Méjico no sucede así. Apenas se conocen algunos lugares consagrados por la celebridad, y eso cuando están cercanos á la capital ó á al-

guna ciudad populosa; pero los más nos son desconocidos, y es más fácil encontrar una vista de cualquier pueblecillo insignificante de Francia, que de los lugares más famosos en nuestra historia. Así por ejemplo, no hay campo de batalla del tiempo de Napoleón que no sea popularmente conocido y que no esté representado con irreprehensible exactitud, hoy que los artistas van á tomar sus datos en los lugares mismos en que ocurrieron los sucesos que tratan de inmortalizar; no es tampoco desconocido aquí el terreno en que se han dado las mas célebres batallas contemporáneas, porque donde quiera se puede encontrar una copia fotográfica del campo de *Sadowa*, del campo de *Mentana*, y aun son ya comunes las vistas de las poblaciones de la Abisinia, adonde los artistas ingleses acaban de penetrar con su ejército; pero id á buscar en todo Méjico una vista del campo de San Jacinto, del campo de la Coronilla, de Tacámbaro, de San Pedro, de Miahuatlán ó del sitio de Querétaro, y no la encontraréis. Nadie se toma la pena de visitar esos lugares que recuerdan otras tantas glorias del pueblo mejicano, y se contentan con figurárselos á su manera. Apenas se ha sacado copia del *Cerro de las Campanas*, y eso porque allí tuvo fin la tragedia imperial. Pero los alrededores de la ciudad en que pasaron co-

sas tan notables, en que se dieron acciones tan sangrientas, no han llamado la atención de los artistas. Los fotógrafos se dedican exclusivamente á los retratos y no hacen caso de lo demás; de manera que para formar una obra pintoresca del país, que hace mucha falta, ó para ilustrar nuestra historia, lo repetimos, no hay datos, y es preciso emprender trabajos costosos que no tienen recompensa, porque aun las suscripciones no dan para tanto.

Hé aquí otro motivo de la lentitud con que se publican *Las glorias nacionales*, que van, sin duda, á prestar un gran servicio á la historia patria. En todo lo que hace relación á nuestra guerra, debían los gobiernos ser los primeros que procurasen reunir toda especie de documentos y de datos, porque á ellos interesa de un modo más directo y porque tienen mayor facilidad de hacerlo. Pero, es fuerza decirlo, su negligencia es tal, que no cuenta ni con cartas militares, ni con croquis de batallas, ni con vistas, y á veces ni con partes verídicos. Todo aquí tiene que proporcionárselo el esfuerzo individual. Por tal razón, nuestra historia anda tan imperfecta y nuestros hechos gloriosos son tan desconocidos en el mundo. Los héroes mismos que han sabido ilustrar su nombre en la guerra, no se cuidan de tales trabajos, en favor de su propia fa-

ma, que redunde en honor del pueblo, y dejan que se les usurpe por aquellos á quienes el vulgo atribuye todo lo bueno sin pararse á meditar, porque carece también de la clave que le darían las narraciones justificadas con documentos exactos.

Pero ésta es materia que volveremos á tocar extensamente cuando hablemos en nuestras futuras revistas de los pocos trabajos históricos publicados hasta aquí.

---

Mencionemos aquí ahora una publicación importante, y que si es protegida del público como debe esperarse, va á llenar un vacío inmenso que se sentía desde hace años. Después de la *Ilustración Mejicana*, hermosa publicación literaria que salía de las prensas de D. Ignacio Cumplido, y después de los periódicos *La Voz de la Religión* y *La Cruz*, que estaban exclusivamente consagrados á la literatura religiosa, no había vuelto á haber ninguna que fuese una enciclopedia popular, á la que se añadiese el atractivo de las ilustraciones. La política era lo que interesaba solamente al pueblo, y esto que se comprendía en la época pasada, ha dejado de tener importancia en la actual, al menos del mo-